301

puesta á lo que él la ordenase. Esta sumisión ciega le desconcertó, porque deseaba no volverse á ocupar de su mujer y no quería aparecer como que la abandonaba.

—Pues bien—la dijo para terminar— id á París, porque el clima es mejor para Roger que el de Londres; pero si alguna vez sentís el más pequeño deseo de ir á Inglaterra, ó me necesitáis en París para algo, escribidme, é inmediatamente estaré á vuestras órdenes.

LIII.

. Volvió á Inglaterra, donde pasó los diez últimos años de su vida, no viniendo á Francia más que temporalmente. Se encontraba realmente mejor en aquel clima brumoso y frío, pues parecía rejuvenecido. Verdad es que tenía mucho cuidado de su persona, como si temiese disgustar á alguien, y que había abandonado casi por completo su vida de estudios.

El hecho es que estaba dominado. Aquel hombre tan absoluto y tan obstinado había encontrado una mujer que le tenía en un puño, sin instrucción, ávida de diversiones frívolas, y aun más tenaz en sus instintos que él en sus razonamientos. Afortunadamente no tuvieron hijos, y pudieron llevar una vida egoísta y cómoda. El Conde iba poco á reuniones, porque no le gustaban; pero recibía en su casa con intimidad á personas escogidas por su querida; es decir que ella alejaba toda relación seria, bajo pretexto de que el Conde tenía necesidad de distracciones para su salud. Le rodeaba de hombres nulos y de mujeres ligeras. Había mucho lujo en su casa, pero no había mermado el capital del Conde con el pellizco de ninguna gran suma, porque aquella mujer sólo se ocupaba en divertirse y vivir bien, y no había pensado en capitalizar por su cuenta.

Supe todo esto en Londres una vez que me vi obligado á ir para dar cuenta á mi amo de algunos negocios que había hecho. El Conde decía siempre lo que se había de hacer en cuanto á la educación de Roger, que seguía estudiando en su casa bajo la dirección de su preceptor. Este preceptor continuaba siendo el abate Ferrás, un hombre muy dulce y muy paciente, pero que carecía en todo de iniciativa y no tomaba nada con calor. No pensaba más que en sus trabajos filosóficos, que eran su única pasión. En el campo, cuando Roger estudiaba poco ó nada sus lecciones, el pobre hombre

se consolaba hojeando interminables catálogos para ver en ellos las nuevas obras filosóficas publicadas. En París, tan pronto como cumplía su tarea cotidiana con el niño, se iba á reflexionar sobre el muelle ó bajo las arcadas del Odeon.

Se veía claro que Roger no aprendía absolutamente nada con él, y sin los cuidados de su madre hubiera sido un completo ignorante. La Condesa asistía á sus lecciones y se las tomaba después por su cuenta, repitiéndoselas bajo diversas formas, hasta que se cercioraba de que las había comprendido. Entonces le dejaba tranquilo; pues suponer que él se tomase el trabajo de escuchar y de resumir, hubiera sido hacerse ilusiones. Los esfuerzos de la imaginación le eran completamente desconocidos, pues su madre había hecho todo lo posible para evitárselos, y como él lo sabía, decía cándidamente al abate:

—Con tal que mamá comprenda, no me hace falta más.

El Conde de Flamarande parecía haber querido mucho á su hijo en los primeros años; pero cuando le vió tan ligero, tan impetuoso, tan poco capaz de razonar con calma, le mortificó con sus reproches irónicos. El niño le tomó miedo, y el miedo lleva consigo en los niños la falta de cariño. Á

medida que las ausencias de su padre fueron más frecuentes y más largas, más incómodo y asustado estaba el niño cuando venía. El Conde encontraba frío y torpe en su presencia á aquel niño tan expansivo, tan amable y tan seductor con los demás. Hubiera deseado estar orgulloso de su hijo, y no veía sino sus defectos. Pensó llevarle á su lado para instruirle á su gusto; pero la Condesa pareció resuelta á seguirle, y sin duda esto último no debió agradar á la mujer ilegítima, porque se vió al Conde desistir de su propósito.

Había resuelto no hablar de mí más que cuando estuviese mezclado con los asuntos de la familia Flamarande; pero creo que al continuar mi relato tengo que hacer un estudio fisiológico de mí mismo para la explicación de mi conducta.

Desde luego me instalé, con grandes alegrías de Roger, en el pabellón de la intendencia de Menouville, donde creí que iba á ser más dichoso, pues ya no era lacayo, sino funcionario. No era ya Carlos á secas: me llamaban por mi apellido, y era el señor de Louvier. No me mandaba nadie más que un amo ausente que tenía demasiada confianza en mí para no aprobar lo que hiciera. Yo hubiera preferido un sueldo fijo á todo lo que hubiera podido parecer una ganancia no en relación con

mi trabajo. Me esforcé en aumentar las rentas de la casa sin disminuir por esto los gastos de reparación y cuidado de las fincas, lo cual no era difícil estando yo de buena fe, y siendo casi imposible que me engañasen.

Pasados los primeros días que dediqué á mi instalación, volvió mi tristeza. Era una especie de hastío de todo. La estimación y la amistad que me demostraban no me parecían sinceras, y en esto era injusto, pues todo el mundo, y principalmente, la Condesa, me demostraban una confianza sin límites en todo lo que concernía á mi nuevo empleo.

Mas jay! jestaba descontento de mí mismo! El pasado, que deseaba olvidar, me perseguía como un mal sueño. Por la noche no podía cerrar mis ojos; y es que había querido mezclarme, saber tanto de la vida de los demás, que ya no era dueño de la mía. No podía dominar mi imaginación y obligarla á permanecer tranquila como convenía á mis nuevas atribuciones, sino que viajaba en sueños, atravesaba montañas, robaba niños y me internaba en cavernas en que era perseguido por terribles fantasmas. Tenía curiosidades insensatas, y sin saber por qué sentía algunas veces un horrible pavor que me despertaba bañado en sudor ó helado de

frío. Tenía sueños de criminal, y sin embargo nunca había querido hacer daño á nadie.

Algunas veces me complacía en oir las voces de mi conciencia que me decía:

—No, mis intenciones no eran como trato sin cesar de presentármelas. No era sólo el interés de Roger el que me movía á ocultar al otro niño y á descubrir el secreto de su madre, sino mi rabia contra ella, abrogándome el derecho de juzgarla, que pertenecía á su marido.

Y entonces sentía que aquel pequeño fragmento de papel que había robado del pecho de Salcedo, y que llevaba como él en un saquito sobre el mío, me pesaba y parecía grabar con fuego sobre mi piel estas palabras: ¡Vela por nuestro hijo!..... ¡Qué hermoso papel hubiera sido el de Salcedo, si la mujer calumniada hubiese podido decirle: ¡Vela por mi hijo!..... ¡Ah! en ese caso también hubiera podido decírmelo á mí, que hubiese dado mi vida entera por cumplir esta misión sagrada tan bién, no mejor que Salcedo. ¿Pero qué mérito tenía el que éste cuidase y atendiese á su hijo? Sólo cumplía con su deber tratando de reparar el crimen de haber hecho traición á la amistad y pervertido la inocencia de una joven.

¿Pero por qué no podía yo mirar friamente todas

estas cosas, esperando el porvenir armado con la prueba que poseía? No, no sabía, no podía estar tranquilo; tenía necesidad de condenar ó de absolver, y tan pronto me preguntaba por qué no hablaba con claridad á la Condesa, yendo á quitarla la máscara y á obligarla á que renunciase á proyectos contrarios á Roger; tan pronto me decía que jamás tendría valor para humillar el orgullo de una mujer tan hábil y el corazón de una madre tan apasionada.

¿Pensaría la Condesa, al verme hostil y observando una extraña conducta, que experimentaba por ella sentimientos indignos de mi razón y de mi honor? La idea de que pudiera figurarse esto y me humillase ridiculizándome en su interior, me era insoportable y me hacía pasar horas de insomnio, preparando las negaciones más ofensivas, sin encontrar nunca bastantes para disculparme.

Y después toda esta energía decaía de repente, sintiéndome débil y atacado de vértigos. Me acordaba de las lágrimas que había visto derramar en Sevines á aquella madre desolada, y pensaba que no había nacido para ejercer el oficio de verdugo.

La obsesión de mis pensamientos se hizo tan cruel, que resolví no volver á pensar en nada, é hice la guerra á mis recuerdos, como un médico que persigue paso á paso la enfermedad. Me impuse un régimen, tanto en lo moral como en lo físico, y busqué fuera de mis ocupaciones habituales, que me dejaban muchos ratos de más, una pasión, una manía cualquiera que me distrajera de mis preocupaciones.

Hice varios ensayos, y al fin me decidí por la horticultura, llegando á tener los rosales más hermosos que había en veinte leguas á la redonda; pero Roger me cogía las rosas para llevárselas á su madre, y yo no tenía ni autoridad para impedírselo, ni derecho para ofrecerlas yo mismo.

Hice ensayos de ingertar árboles frutales, é hicieron de mí grandes alabanzas, porque conseguí muy buenos resultados; pero yo hubiese querido mejor una ocupación que me proporcionase goces más elevados. Deseé aprender la música, que ya había estudiado un poco en mi juventud. El apoderado general que me había precedido había dejado en la casa un piano viejo de su mujer que no habían juzgado conveniente llevarse. Traté de componerle y lo conseguí. Encolé las teclas, puse cuerdas nuevas, forré los macillos y pude llegar á conseguir quedase bastante bien. Entonces empecé á recordar valses y romanzas, y hasta hice composiciones que me parecieron admirables, pero que

no valían nada y carecían de originalidad. Roger, que empezaba á aprender la música y que tenía mucho gusto, me dijo que yo no entendía una palabra y que sólo lograba cencerrear, limitándose á admirar mi paciencia en la restauración del piano.

Tomé gusto á jugar al ajedrez con el abate, que venía por la noche á darme lección y me decía que tenía buenas disposiciones; pero jamás conseguí ganarle.

Por fin me aficioné à la literatura y probé à escribir novelas. Esta fué una distracción muy entretenida, pero muy dolorosa para mí, porque caía siempre en los hechos de mi vida. Tomaba el gusto y el manejo de la forma, pero no tenía imaginación.

¡No podía suponer ni inventar nada fuera de mi propia existencia!

Un día del año 1855 (recordaré siempre esta fecha en que se verificó un cambio completo en mi existencia moral), era yo presa de un acceso de spleen al volver de una quinta donde mi obligación me había llamado, y seguía el camino de un derrumbadero bastante profundo diciéndome á cada paso:

—¿A qué vivir con esta enfermedad incurable? ¡Es tan fácil acabar de una vez! La obsesión de esta idea se hizo tan fuerte, que me detuve y sentí que el vértigo se apoderaba de mí. No podía resistir más. En aquel momento no tenía conciencia de mis actos, y no sabré decir si tenía la resolución del suicida, ò si me quedaba fuerza aún para resistir á la tentación. Me parecía que soñaba, y tal vez hablaba sin saberlo, cuando de pronto una voz me hizo estremecer. Volví la cabeza y ví á la Condesa que me miraba con espanto. Recobré mi lucidez para quitarme el sombrero y retirarme á un lado para dejarla pasar. Pasó delante de mí sin rozarme, y dijo deteniéndose:

- —¿Volviais á casa, Carlos?
- -Si, señora Condesa.
- -¿Ahora mismo?
- —A menos que la señora no disponga otra cosa.....
 - -No, gracias.

LIV.

Dió algunos pasos y volvió otra vez la cabeza. Me había quedado inmóvil y la seguía con los ojos, no preguntándome dónde iba así, sola, á la entrada de la noche, pues esto me había llegado á ser indiferente; sino pensando con amargura en la especie de interés que había creído leer en su mirada, y que no era, sin duda, más que una ilusión de mi fantasía; así es que me sorprendí mucho cuando la ví hacerme señas de que me acercase á ella.

Obedecí, y cuando estuve á su lado me dijo con una sonrisa algo forzada:

-Perdonad si os llamo, Carlos; pero..... ¿os atrae el abismo?

-No, señora.

—¡Ah! es que..... hace un instante me pareció..... Se interrumpió y añadió riendo:

—Es que á mí me atrae, y tengo miedo de internarme sola en ese sendero; y si no fuese por abusar de vuestra bondad, os rogaría que me acompañaseis hasta esa cabaña que podéis ver á vuestros pies.

—¿Me permite la señora Condesa pasar delante?

—Pasad y dadme uno de los extremos de vuestro bastón, teniendo vos el otro, pues con tal que encuentre un punto de apoyo, por pequeño que sea, no sentiré ya la influencia del vacío.

La conduje así, sin decir una palabra, hasta la

cabaña de un pobre pescador enfermo á quien llevaba algunos socorros. Pensé, á pesar mío, que tendría allí alguna cita y que me mandaría que la dejase; pero me rogó, por el contrario, que entrara con ella, á fin de acompañarla después.

La Condesa entendía muy bien la caridad; no era de esas mujeres nerviosas que dominan violenta é inútilmente el escrúpulo que sienten al ver las enfermedades y la miseria. No parecía experimentar este escrúpulo, pero no hacía nada para desafiarle. Enviaba al médico ó al cirujano, y no tocaba una llaga más que cuando no había nadie en la familia que supiese curarla. No iba en persona á casa de los desgraciados más que para demostrarles su interés y conocer sus necesidades. Los trataba con una gran naturalidad y se hacía querer de todo el mundo.

Al cabo de algunos momentos de conversación con el enfermo y su mujer, emprendió conmigo el camino del castillo por la explanada, que era más largo, pero más seguro. Caminaba detrás, pues aun no había perdido con ella mis costumbres de respetuoso servidor, cuando me dijo sin afectación:

—El camino es bastante ancho; dadme el brazo, Carlos, porque no se ve bien.

La presenté mi brazo en silencio. Una desconfianza profunda se iba apoderando de mí.

—Lo sabe todo—pensé—y me odia ó me teme. Tal vez Salcedo se haya apercibido por fin de la sustitución de su talismán, y quiera ella averiguar si soy yo quien le tengo.

Pero la Condesa me habló con mucha naturalidad de otras mil cosas, sin ocuparse para nada ni de ella ni de mí y sin demostrar la inquietud que había supuesto en ella. Parecía excitada su curiosidad por lo que Roger llamaba mis invenciones, y me habló de mis rosales, de la compostura del piano y de mis partidas de ajedrez con el abate Ferrás. Roger la había hablado de todo esto, y no quedaba nada más que mis estudios literarios que fuesen conocidos por mí solo.

Habiéndome preguntado que en qué me ocupaba con más gusto, respondí que tenía la desgracia de cansarme de todo en el momento en que llegaba á las verdaderas dificultades. Entonces comprendí, por las reflexiones que me hizo, que mi tristeza la había llamado la atención y que se inquietaba por mi salud. Me puse en guardia y encerré la amargura de mi vida en el fondo de mi corazón. A la entrada del parque se despidió de mí, dándome las gracias por mi compañía, con un

acento tan cariñoso, que me conmovió; pero pronto recordé que esa era su manera de ser con todo el mundo.

Sin embargo, este paseo me dejó muy preocupado é hizo aumentar mi melancolía. Al día siguiente estaba haciendo unas cuentas delante de la ventana abierta. Después de haber cerrado el registro quedé absorto en dolorosas reflexiones, cuando ví que dos sombras pasaban por delante de mi ventana.

—¡ Mírale en éxtasis! — dijo Roger, que tenía entonces poco más de trece años.—¡ Mira qué cara tiene, mamá! No se ríe nunca, ni aun conmigo. ¡Figúrate cómo estará! Te he traído para que le confieses, pues es seguro que tiene algún gran pesar, y ahora te dejo con él para que te cuente la causa de su tristeza, y tú se la quitarás, ó confesará que está enfermo y le harás consultar con un médico..... Vamos..... señor Carlos—añadió, alargando el brazo para cogerme de una oreja:—obedece á tu niño mimado abriendo tu corazón á mamá.

Después de haber hablado así, desapareció, y quedé solo frente á frente de su madre, que, apoyada en el cerco de mi ventana, fijaba en mis ojos esquivos su límpida mirada con una expresión tan franca y tan afectuosa, que me conmovió. Fasci-

nado y sobreexcitado al mismo tiempo, sin saber por qué; queriendo hablar para negar mi tristeza, y no pudiéndolo conseguir por la emoción que me embargaba, brotaron de mis ojos amargas lágrimas.

La Condesa, que me seguía mirando, me cogió la mano y me dijo con voz dulce:

-1 Pobre Carlos!

Había tanta bondad, tanta sinceridad en su expresión y en su acento, que perdí la cabeza y exclamé, sin poder escoger ni contener mis palabras:

-; Vela por nuestro hijo!

Me miró con una sorpresa en que no había nada de fingimiento, mientras yo me apresuraba á añadir avergonzado y confuso:

—Eso es lo que la señora Condesa ha querido decirme.

Se separó vivamente de la ventana, haciéndome señas de que no cerrase, y entró en mi habitación por la puerta vidriera, que cerró luego tras sí.

—Habéis comprendido— me dijo con fuego.— Pensaba en *el otro*, en el que vos habéis cuidado cuando su padre le rechazó y su madre desesperaba de encontrarle. Carlos, si le amabais, ¿por qué le habéis abandonado? —Le he abandonado—respondí—el día en que supe que os le habían devuelto.

—¡Devuelto!.....¡Ay! sólo le he visto para dejarle en seguida, y no puedo ir á darle un beso más que rara vez y en secreto. Ya sabréis eso, puesto que habéis adivinado.....

—No he adivinado, señora; lo sé..... lo sé todo. Vuestro hijo no me necesita ya.

- -¿ Lo sabéis todo?..... ¿Y el señor Conde?
- -No sabe nada.
- -¿ Me lo juráis por vuestro honor?
- -Y por la salud de Roger.
- —Os creo, Carlos, os creo. Creía que mi marido sospechaba la verdad y que debía algo á su tolerancia; pero, según parece, persiste en creerme indigna, pues para obrar de la manera que él lo hace, tiene que acusarme en su pensamiento. Bien sé lo que es eso, porque me lo ha dado á entender muchas veces sin permitirme que protestase. Vamos..... ha llegado el momento de decirme la verdad, y quiero saberla. ¿Me acusa de haber cedido á la violencia, ó á la seducción?

Hablaba con un acento tan altanero, que me hizo daño, y temí que sin poderme contener iba á revelar todos mis secretos.

evelar todos mis secretos.
—Suplico á la señora — respondínive que no me

BIBLIQUECA UNIVED TARIA

"ALFONSO REYES"

IDEO. 1625 MONTERREY, MEXICO

interrogue en este instante en que me encuentro tan abatido; otro día.....

-Como queráis-replicó.-No hablemos de mí, sino de vos. Os veo enfermo, en efecto, y por una causa moral que creo adivinar. Sabéis que conozco los acontecimientos de Sevines, y creéis que no os perdono el mal que me habéis hecho. Pues bien, os lo perdoné por completo el día en que supe por la nodriza los cuidados que habéis tenido con mi pobre hijo. Ella fué quien contó que ambos estuvisteis dispuestos á llevaros al niño para evitar algo peor, y también fué quien nos dijo la existencia de la declaración del Conde de Flamarande, que vos la enseñasteis. Ya me figuro que exigisteis esta declaración, que la conserváis siempre.... No os la pido, está en vuestras manos y quedo tranquila. Vos no me acusabais, porque sabíais que mi marido era presa de un acceso de locura..... Cuando pidió al niño á poco de nacer, la nodriza creyó que quería.... ¡qué horror, Dios mío! Pero me ha dicho que vos le observabais y que salvasteis á mi hijo..... Después de saber esto, ¿cómo no he de quereros mucho, Carlos? Habéis sido muy hábil en disimular, es verdad; me habéis dejado sufrir cruelmente; pero he comprendido vuestro silencio el día en que he conocido los he-

chos. He comprendido por qué habíais llevado á mi hijo á Flamarande, combinándolo todo en su interés y en el mío. Veinte veces he estado á punto de daros las gracias; pero vuestra actitud me imponía, y supuse que habríais hecho algún juramento à mi marido. No quise, al pensar esto, apartar de su deber á un hombre tan generoso y tan austero..... Si hace mucho tiempo nos hubiéramos explicado, ¡cuántos sufrimientos hubieran podido evitarse! Pero entonces no os conocía yo lo bastante, y aunque no soy desconfiada.... se trataba de mi hijo, y ya comprenderéis que por un hijo se deben violentar todos los instintos y todas las ideas; después he creído que huíais de mis preguntas, y por fin, hace ya tiempo os veo triste y cuidadoso de evitar mi presencia. Roger está intranquilo, y yo también.... Ayer, cuando os encontré, había en vuestro rostro algo de la expresión de un hombre que está desesperado. Tuve miedo, y por eso os pedí que me acompañarais, buscando un pretexto. Vamos, Carlos, es necesario que os reconciliéis con la vida; os fastidiáis, vivís demasiado solo y creéis que nadie os aprecia ni se interesa por vos; pues estáis equivocado; Roger os quiere mucho..... y yo más aún..... Mirad lo que voy á proponeros que aceptéis.

Y como yo hiciese un gesto de temor, añadió:

-¡Oh! ¡no tengáis miedo! ¡No pienso ofreceros ningún dón, porque os conozco! Quiero solamente cambiar ese género de vida que os mata, yendo á comer con nosotros todos los días, y en seguida podréis jugar una partida de ajedrez con el abate Ferrás..... No me interrumpáis; sé lo que váis á decir: que el Conde de Flamarande no encontrará bien esta intimidad; pero no nos será difícil suspender estas visitas durante las cortas y raras apariciones que hace por aquí. Si alguna otra persona tuviese algo que decir al verme tratar con cariño al hombre honrado y caballero que cuida de los intereses de mi hijo, despreciaría sus murmuraciones. En la soledad en que vivo necesito sociedad, y no podría encontrar ninguna mejor ni más legítima. Ya sabéis que cuando Roger se ausenta, como con Elena, y nadie lo encuentra mal. Pues bien, haremos mesa común y formaremos así una familia de personas igualmente educadas v que se quieren mucho. Prometedme empezar desde esta noche, Carlos. Roger vendrá á buscaros.

Balbuceé una respuesta vaga. La Condesa me estrechó la mano, diciendo:

—¡Hasta luego!

Y salió.

LV.

Mucho trabajo me costó reponerme de la agitación que se siguió en mi alma á tan imprevisto acontecimiento. Me sentía cogido en un lazo, y me preguntaba con inquietud cómo podría evadirme. No era posible resistir á la seducción de aquella mujer. Sabía que poseía una prueba por medio de la cual podía obligar á su marido á devolverle su hijo, y nada olvidaba por hacer que me interesase en su favor. ¿Cómo no había hecho esto antes? ¿Había tenido en cuenta para no hacerlo, mi adhesión inquebrantable al Conde? ¿Estaba persuadida de que yo la creía digna bajo todos conceptos?

Tal vez, porque yo no había revelado á nadie su cita del *Bosque de Bolonia*, ni mis descubrimientos posteriores en el *Refugio*. Podía, pues, tener esperanza de explotar mi inocencia en provecho de Gastón.

—¡Ay!—me dije;—¡qué desgracia es que esta víctima de la severidad conyugal no sea una víctima sin tacha! ¡Qué placer tendría yo en poderla servir y sacrificarme por ella, en lugar de tener que fingir como ella finge.